



DE ACTUATIDAD

## Comentario

El 18 de octubre último, hace, pues, dos meses y medio, publicábamos aquí mismo un artículo titulado "¿Felipe qué o quién?", en el que aludíamos a aquella división que se marcó año en la oficialidad del Ejército entre los llamados felipistas y los antifelipistas. Y sobre esa división, independiente en cierto modo de la actuación de las llamadas Juntas de Defensa, aunque coincidente con ella, ha girado la actuación interna o intestina de esa oficialidad. Ha tratado de ganarse a las Juntas, a los "determinados elementos", unas veces el felipismo y otras el antifelipismo. Igual que en Grecia. Y nunca ha sido muy decidida ni muy clara la actitud de esos "determinados elementos" empeñados en no hacer política.

Parece que "La Correspondencia Militar", órgano sibilitico no sabemos de qué fracción de la oficialidad, decía que aunque haya empeño en que el perro rabie, el perro no rabiará; pero puede morder. No es de crear. Y peor sería que se pudiese a ladrar.

En lo que no podemos creer es en que se hallasen comprometidas para un movimiento revolucionario, felipista o antifelipista, las brigadas tales o cuáles mandadas por éstos o aquéllos generales. No creemos ya posible una cuartelada dirigida por jefes jerárquicos. Más difícil, mucho más difícil que una sublevación del pueblo armado, de los simples soldados, como la que abortó en Zaragoza. Y si la cuartelada se llevase a cabo como por sorpresa—lo que no creemos muy ha-ceder—, su efecto duraría muy poco.

Se intenta, sí, provocar una especie de fajismo felipista o sea dinástico; pero no parece que haya ambiente para ello. Si en Italia han dado fuerza al fajismo ex combatientes, hombres que habían estado en el frente, aquí los mozos que vuelven de la campaña de Marruecos no parecen muy dispuestos a meterse en semejantes aventuras.

Lo de si ha quedado mejor o peor nuestro Ejército en la campaña marroquí, lo de si se le han suministrado o no los medios para combatir, es cosa que al pueblo le importa muy

poco. Es más, la ciudadanía española estima que no se puede sacrificar el porvenir de la nación a que el Ejército quede mejor o peor. Lo más triste de esta desatinada campaña de Marruecos es que se hubiese preparado e iniciado para que quedasen bien los que no estaban seguros de haber salido con lucimiento de Cuba y Filipinas, como un desquite de aquel lamentable desastre. El llamado honor de las armas tiene un límite y le tiene en el mismo honor rectamente entendido y sentido. No es la nación la que tiene que servir al Ejército; es el Ejército el que tiene que servir a la nación.

Tienen razón, mucha razón los elementos profesionales militares cuando piden que se exijan las responsabilidades de los paisanos—y no por ello civiles, ¡una vez más!—lo mismo que la de los militares; ya que al general D. Dámaso Berenguer no le ha de caer más responsabilidad que a los paisanos Allendesalazar, vizconde de Eza y marqués de Lema. En el fondo, la misma, la de no haber resistido patrióticamente a ingerencias anticonstitucionales de la irresponsabilidad. Y si al general ha de juzgarle el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, ¿que les juzgue a esos paisanos... el Senado? ¡No; el Senado, no! ¿El Tribunal Supremo sedicente civil? ¡Tampoco; menos aún! La ciudadanía, la civilidad española no fía ni en el uno ni en el otro, ni en el Senado ni en ese Tribunal Supremo de paisanos, el que informó las actas de Tortosa y de Torroella de Montgrí y que tantas veces ha sometido la justicia a la razón de Estado. ¡No; ese Tribunal, no!

Ni comprendemos que haya quien crea que el dar fin a "la orientación de los ideales de protectorado que llevaba un residente general", o sea Burguete, sea "el sepelio del ideal en nuestro Ejército", ni que eso sea quitarle a éste "todo ideal". Aunque alguien nos lo tome a paradoja—¡mentecato!—, diremos que el Ejército es más para la paz que para la guerra; es para evitar guerras y no para provocarlas, y que no es justo ni es patriótico ni iniciar ni fomentar ni sostener guerras para dar ocupación a los profesionales de ellas. Sería como provocar epidemias para que se ejerciten los médicos. De todos los juegos, el peor juego es el de la guerra.

El que esto escribe no es lo que se llama un pacifista; pero para él la

guerra es otra cosa que un juego. Es profesor y detesta la pedagogía. Si fuera militar detestaría la táctica y la estrategia con un enemigo que para ello se inventa. Nada de arte por el arte, cuando cuesta sangre y dinero que hacen falta para otros menesteres de arte más elevado.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA